



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI.

Núm. 2.º — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

10 ENERO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION.—ECONÓMICA.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año...	30,00 ptas.	Un año...	18,00 ptas.	Un año...	13,00 pesetas.	Un año...	27,00 ptas.
Seis meses...	15,50 »	Seis meses...	9,50 »	Seis meses...	7,00 »	Seis meses...	14,50 »
Tres meses...	8,00 »	Tres meses...	5,00 »	Tres meses...	3,50 »	Tres meses...	7,00 »
Un mes...	3,00 »	Un mes...	2,00 »			Un mes...	2,50 »
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año...	36,00 ptas.	Un año...	21,00 ptas.			Un año...	29,00 ptas.
Seis meses...	18,50 »	Seis meses...	11,50 »			Seis meses...	15,50 »
Tres meses...	9,50 »	Tres meses...	6,00 »			Tres meses...	8,00 »

Los precios de suscripcion en CUBA, PUERTO-RICO y demas puntos de América los fijan los Agentes. — En Portugal rigen los mismos precios que en las provincias de España. Agentes generales. — En la REPÚBLICA ARGENTINA y en la del URUGUAY D. Federico Real y Prado. — En la de CHILE D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Traje para salon.—Vestido para sociedad guarnecido de flecos.—Mangas para vestidos.—Delantales elegantes.—Paletot de paño de dos caras.—Paletot entallado.—Paraguas de novedad.—Abanico con país de encaje.—Gorro de viaje.—Collar de flores y cintas.—Ramo para el peinado.—Pañuelo de crochet.—Cartera para música.—Caja para sellos.—Tapon de lámpara.—Pantalla de chimenea.—Velador con cubierta bordada.—Entredós y fleco anudado.—Caja para guantes.—LITERATURA: El padre, la madre y el maestro, por Manuel Ossorio y Bernard.—El instinto maternal, poesía, por Antonio de Trueba.—Á la Srta. Doña L. F. de C., poesía, por Eduardo Cobian y Roffignac.—La más dulce bienvenida, por Aurora María Perez y Abela.—Deudas antiguas, por Víctor Cuende.—Variedades.—Explicacion del figurin 1297.

EXPLICACION de los grabados.

1 Y 18. CARTERA PARA MÚSICA.

Materiales: tela gris, lana musgo rojo-oscuro, cinta de seda de igual color, carton, papel de lustre y cinta de hilo.

Se toman dos hojas de carton de 23 centímetros de alto por 36 de largo, y se hacen dos hendiduras para las asas, á 4 cents. del borde y 9 de las esquinas: la tela gris de que se cubren estas tapas se corta de 44 centímetros de alto por 68 de largo comprendiendo el lomo y las vuel-



1. Cartera para música. (Véase el núm. 18.)



2. Gorro de viaje.

tas. El adorno por un lado bordado á punto de tallo representa ramas de laurel y emblemas de música, y del otro lleva la cenefa, representada en el número 18 de tamaño natural: la vuelta nesgada en pico figura un bolsillo, y dos nesgas á las cabeceras forman el fuelle, fijándolas cintas de hilo á la cartera: dos tiras de 25 cents. de largo, bordadas á punto ruso, forman las asas, que se sujetan por dentro ántes de forrar la cartera de papel de lustre.

dobla en dos veces hácia afuera, que es como le presenta el grabado.

3 Y 4. VESTIDO PARA SALON. (Patron en el mes de Julio anterior.)

2. GORRO DE PUNTO PARA VIAJE.

Materiales: 75 gramos de lana negra y 75 gris.

Este objeto, de gran comodidad y abrigo, ofrece la ventaja de que la vuelta que muestra en el dibujo se baja y sirve de tapa-boca dejando un cuadro libre para los ojos. Comiénzase por abajo con lana gris y 124 puntos hechos á punto inglés y viniendo (ya recordarán nuestras lectoras que el punto inglés se hace: uno liso, una trabilla, uno sin hacer, y á la vuelta siguiente se hacen juntos el sin hacer y la trabilla). Cuando el gorro tiene el tamaño necesario, se cierra por arriba con algunos menguados para darle redondez, y se comienza

de crochet perlado, ó sean moñitos de tres puntos de cadeneta contrariados en una vuelta sí y otra no, la parte de cenefa, dejando una tercera parte del círculo sin cubrir en 12 vueltas y continuando luego la cenefa en redondo, para lo cual se unen las dos orillas que han quedado, con una cadeneta que vuelve á cerrar en círculo el gorro. Terminadas otras 12 vueltas, se corta la hebra y esta cenefa se



3. Vestido para salon. (Véase e núm. 1)



4. Espalla del vestido núm. 3.

Es un vestido princesa, abrochado con trencilla por detrás y hecho en seda de color claro. Adornan el vestido por abajo plegados de bieses, terminado el último por un rico fleco de felpilla que descansa en el primer plegado, y termina el adorno un echarpe ó drapería de 30 cents. de ancho por 33 de largo, envolviendo un lado del vestido, sujeto con lazos y con fleco al pié, y cerrando un doble biés con lazos la parte que queda sin envolver el echarpe. Manga hasta el codo con plegados y tules, y gola de tul.

7 Y 8. PAÑUELO DE PUNTO DE CROCHET.

Este pañuelo puede ser á rayas de dos colores, sirviendo casi de fundamento á su tejido el crochet de horquilla: tiene 124 cents. de largo por 112 de ancho, y el núm. 7 muestra claramente el dibujo de crochet de horquilla, formando ondulaciones que se rellenan con estrellas de crochet hechas de este modo: * 12 puntos de cadeneta, uno doble en la primera presilla, tres de cadeneta, uno doble en el sexto de los doce *, y esto mismo se repite para cada rayo de la estrella, pasando de una á otra con presillas de tres puntos enganchadas en las presillas del crochet de horquilla como muestra el dibujo, y una tren-cilla ó randa de esta clase de crochet termina el borde por cada lado. Estas tiras van alternadas por otras de otro color hechas á punto de faya con agujas gruesas, y termina el pañuelo un fleco de los dos colores.

9 Y 10. MANGAS PARA VESTIDO.

La manga núm. 9 puede servir para traje ó túnica de faya negra, cortada por abajo en picos y terminada por un plegado debajo de ellos, y encima una vuelta con picos y lazos, adornando pasamanería perlada la costura interior de la manga.

La núm. 10 es para un vestido de cachemir, y su adorno consiste en plegados de seda y un biés de la misma sujeto por varios órdenes de pespuntos.

11 Y 34. TAPON DE LÁMPARA.

Bordado en papel cañamazo.

Tómase para sosten una pequeña caja del tamaño del tubo de la lámpara, la cual se cubre de raso de color con un volante plegado de cinta igual, y á la pegadura una cenefa en papel cañamazo, que muestra el núm. 34. Un cuadro de papel de 4 cents., bordado de sedas, va encima, con una borla en cada punta y en el centro una anilla de metal.

12 Y 35. CAJA PARA SELLOS.

Va cubierta de piel de Rusia, y su disposicion interior la muestra el núm. 12: alrededor lleva una cenefa bordada con cuentas en papel cañamazo, cuyo dibujo con los colores ofrece el núm. 35. Las iniciales van pintadas encima de la tapa con los colores mismos de la cenefa.

13 Y 14. DELANTALES.

Ambos son de faya negra, cortados en nesga, que se sacan del mismo paño, y tienen 65 cents. de largo.

El núm. 13 lleva un volante bordado y terminado por un fleco y dos bieses encima orillados de raso. El bolsillo, bordado, tiene 20 cents. de largo y forma una tabla en el centro. Lazos de faya.

El núm. 14 lleva un plegado con fleco al pié de seda y cuentas luz de luna: el bolsillo, adornado de lazos de faya, es un plegado en abanico.

15 Y 16. COLLAR Y RAMO DE FLORES.

Los núms. 15 y 16 ofrecen un adorno nuevo para baile: el primero muestra un ramo de flores ligeras y yerbas, sujeto á una cinta con lazadas que forma collar; y el segundo, un ramo más poblado de las mismas flores con insectos brillantes.

17. TEJIDO EN BASTIDOR.

Sirve para abrigos de niños, poniendo debajo del cuadro ó marco que sirve de bastidor el patron del objeto que haya de hacerse, y se cruzan de un lado á otro hebras de lana, sujetando las cruces que forma el dibujo con hebras de seda floja. Los cabos de la orilla, que se cortarán á medida del patron, se dejan largos para reforzarlos con un sobrehilo fuerte.

19. PANTALLA DE CHIMENEA.

Compónese de tres partes que se doblan como biombo: la montura es de madera dorada y el fondo de raso negro con aplicaciones de cretona. La distribucion de las flores, segun el gusto, formará grapos y guirnalda. Los allos y nervios se hacen al pasado con seda argelina, y

se bordan á feston los contornos de los distintos matices, lo que avalora mucho el bordado.

20 Á 25. VELADOR DE SALON.

Materiales: tela cruda, hilo blanco, algodón azul y gris.

El velador, de laca con filetes de oro, tiene 31 centímetros de diámetro y le cubre un bordado de tela cruda: el núm. 25 muestra esta cubierta de tamaño natural y los diferentes puntos de relieve, todos muy fáciles de reproducir, bordados los centros con blanco, y con color los contornos. Los distintos modelos representados en los números 23 y 24 no presentan ninguna dificultad, teniendo únicamente cuidado, en el entredós núm. 24, de pasar siempre dos hilos de la trama cruzados con otros dos para formar las ondas de la orilla. Estos hilos alternan siempre para cada onda; y á fin de que los hilos no se enreden unos con otros, se devanan en lanzaderas de madera ó de carton como las presentan los números 21 y 22, imitando á la ejecucion del encaje de palillos.

26 Y 27. PAÍS DE ENCAJE INGLÉS PARA ABANICO.

Las dimensiones del país suelen ser de 50 centímetros de diámetro y 80 de circunferencia exterior: la altura está indicada por el modelo del bordado núm. 26, que es de tamaño natural. El núm. 27 muestra la continuacion y conjunto de la labor. Nosotros aconsejamos que se empiece el dibujo por ambos flados, empalmándole en el centro.

Se ejecuta el bordado con cinta de medallones lisa y calada y cinta de encaje brochada. Barretas de feston constituyen los troncos y los nervios de la guirnalda, cuyas ramas se agrandan hácia el fondo y cuentan cinco hojas. La reunion de las figuras se obtiene por medio de barretas vueltas: puntos de encaje rodean el borde.

28 Y 29. PALETOT ENTALLADO.

Los grabados le representan por delante y por detrás, siendo el primero de paño de dos caras gris-oscuro, guarnecido con bieses de terciopelo negro, de los cuales el que sobresale del delantero tiene 6 cents. de ancho y oculta los ojales. Patas del mismo ancho que los bieses, terminadas en punta, adornan el delantero; la manga lleva bieses y botones, y la solapa muchos órdenes de pespuntos. El modelo 29 es de paño adornado con galones, botones, pasamanería y lazos de cinta de reps.

30 Y 31. PARAGUAS DE NOVEDAD.

El primero, de mango en forma de cayado, es más propio para hombre; y el segundo, de puño más ligero y más artístico, propio para las señoras.

32 Y 33. CAJA PARA GUANTES.

Ramos de pintura silueta, cuya descripcion hemos hecho tantas veces, adornan la tapa, empleándose para ellos yerbas y florecitas menudas. La caja va forrada por dentro de raso ouatado y pespunteado á cuadros, y bordado en el centro con iniciales bordadas en oro y plata al pasado.

34 Y 35. INICIALES BORDADAS Á LA CRUZ PARA ROPA DE MESA.

Deben hacerse de modo que no tengan ni derecho ni revés, con algodón encarnado ó azul.

JOAQUINA BALMAEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LA MADRE, EL PADRE Y EL MAESTRO (1).

La madre, el padre y el maestro: hé aquí los tres preceptores de la juventud humana, los encargados de la primera instruccion de las generaciones, las tres perso-

(1) Del *Almanaque de los Niños* para 1878. Véndese á 2 rs. en todas las librerías.

nalidades respetables á cuyas manos confia Dios el porvenir de la sociedad.

La madre enseña á sentir, el padre á pensar; el maestro completa la obra fundamental instruyendo.

La madre es la fe y el corazon; el padre la razon y la inteligencia; el maestro la ciencia.

La madre consigue se aprenda lo bueno; el padre lo justo; el maestro lo necesario.

Estos tres elementos, aunque teniendo su esfera característica circuida por limites naturales, se unen y armonizan en un pensamiento sublime, grandioso, que esparce la luz de la verdad por todos los ámbitos del mundo; en un deseo supremo, fecundo, generador: la educacion de la niñez.

Son tres nobles misiones que se funden en una sola aspiracion; son tres fuerzas que se alían contra un enemigo comun, la ignorancia.

¡La madre! Vedla con su inocente pañuelo entre los brazos ó recostado sobre el amante seno, siempre cerca del corazon, haciéndole mover los purpurinos labios y ensayando su voz virginal en la formacion de alguna dulce palabra; vedla enseñándole á hacer con los sonrosados y diminutos dedos la señal de la cruz; vedla repitiéndole una y otra vez, con inagotable paciencia, en todas las formas posibles, fáciles movimientos y sencillas frases, hasta conseguir que aprenda las cosas más indispensables á su cuerpo y á su alma.

La madre no sólo nutre el cuerpo del niño en los primeros momentos de su vida, manteniendo ésta al calor de su seno y con el jugo de su pecho, sino que más tarde, cuando la materia adquiere suficiente desarrollo, cultiva su espíritu, le nutre de hermosos sentimientos y arroja en el fondo de su alma la semilla generadora de las creencias religiosas y morales.

Despues de obtener el desarrollo de la flor, le da perfumes. Fortalece las hojas y las impregna de misteriosa esencia.

La madre despierta en el niño ese sentimiento innato en el alma de la humanidad: la religion. Le enseña que debe en primer lugar la existencia á un Sér Supremo, infinitamente bueno, sabio y virtuoso, principio y fin de todas las cosas; le hace levantar los ojos al cielo, y con insegura pausa doblar la rodilla ante el altar de la Santísima Virgen y recitar con una pronunciacion encantadoramente difícil la corta y expresiva plegaria, tantas veces ensayada entre besos ruidosos y encantadoras caricias.

El primer impulso, la primera nocion, la primera idea instructiva la recibe el sér humano de su madre, que le enseña la primera plegaria y la primera leccion.

Y hasta tal punto es importante el papel que la madre representa en cuanto á la direccion de la niñez se refiere, que bien puede considerársela responsable de todos los actos que por imitacion, ciegamente ejecuta el niño, dominado por completo en cuanto á sus inclinaciones y á sus instintos por la autora de sus dias.

Lo ha dicho mi mamá: hé aquí el último argumento del niño, su tribunal supremo, su amparo, su escudo protector, su argumento más fuerte.

Las cosas que dicen las madres son las que sienten los hijos.

Difícilmente se borran del corazon de la niñez las primeras impresiones que recibe, los primeros sentimientos que en él alberga.

El carácter de una raza se perpetúa por la tradicion, representada en la educacion maternal.

El corazon de la niñez lo forma la madre, lo vacía en el molde de sus sentimientos.

Cuando una madre no consigue en el secreto de su hogar, en el círculo privado y estrecho de su dominio, hacer bueno al niño é inculcar en su alma principios de santa virtud, es porque allí existe una monstruosidad criminal, un fenómeno de mal, un instinto especialísimo imposible de combatir.

El mundo logrará quizás castigar mejor los crímenes de aquel espíritu malvado, pero no conseguirá nunca llevar á cabo la obra del bien que no pudo realizar una madre.

¿Queréis ver en la práctica el influjo directo de la madre en la educacion? Pues contemplad á los hijos de aquella infeliz extraviada, que muerta á todo sentimiento y esterilizado su corazon por el fuego de pasiones ya extinguidas, no conserva en el fondo de su alma más que ese frio interno y desconsolador que se siente despues de una calurosa y brillante velada. Miradles escépticos y presuntuosos en compañía de sus flamantes lacayos; con el tiempo llegan á saber dirigir un *break* con maestría, tiran al florete y juegan mil duros á una carta con la mayor frescura; pero no saben lo que es sentir, lo que es amar, lo que consuela una oracion ni lo que significa una lágrima. Á su madre no la vieron llorar nunca, no la vieron arrodillarse en ciertos momentos de amargura balbuceando una oracion.

Reparad en cambio aquella otra virtuosa familia donde la madre sabe serlo, y veréis reproducidos en todos los niños los bellos sentimientos, los cristianos hábitos y piadosas intenciones del amo de la casa.

En muchas ocasiones, cuando ve sus caricias correspondidas, la pasión maternal tiene momentos de amorosa debilidad; los perjuicios de ella podrían ser grandes; evitándolos y corrigiéndolos vemos aparecer en el hogar la venerable figura del padre.

El padre y la madre son, según la acertada frase de un célebre escritor contemporáneo, *la dualidad de la unidad*.

El padre es el encargado de encauzar la inteligencia del niño, de avivar su razón, de aniquilar sus preocupaciones y hacerlo hombre y buen ciudadano con sus lecciones y su ejemplo.

La madre enseña al niño la religión, el padre procura apartarle del fanatismo; la primera le hace tener bondad, el segundo le advierte que vaya siempre en compañía de la justicia; la una le recomienda la humildad, el otro le aparta de la esclavitud.

El padre, siempre atento al interés práctico del hijo, presta importantísimo concurso a la educación.

Es la voz de la experiencia, así como la madre es la voz del sentimiento.

La idea importantísima del respeto nunca llegaría a ser comprendida por el niño en los amantes brazos de una madre complaciente, si no hubiese un padre que la infundiese en su imaginación desde los primeros momentos de la vida.

El padre no es sólo el ejemplo, la inteligencia y la razón, sino el complemento indispensable de la autoridad maternal, su elemento coercitivo, la fuerza ejecutiva.

Cuando la madre no es obedecida, cuando su deseo no se secunda, ó el objeto que se propone no es inmediatamente conseguido, pronto acude á la amenaza de medidas severas, ó á la imposición de correcciones disciplinarias, diciendo con voz temerosa que también sirve de provechosa lección: *¡Que viene papá! ¡Que llamo á papá!*

Vemos, pues, que la unión entre los elementos que concurren en los primeros instantes de la existencia á la educación es tan grande, tan inmensa, que llegan á confundirse en una sola acción; siendo tan precisos uno y otro, que la falta en cualquier detalle importante de la concurrencia de ambos puede ocasionar un resultado incompleto.

Cuando el niño habla y reza, siente y discurre, desde el templo y el hogar pasa á la escuela; desde los rudimentos de religión y moral pasa á los rudimentos de la instrucción.

El maestro, figura nobilísima, con una paciencia sin igual y una abnegación que llega hasta el heroísmo, consagra su existencia, sus desvelos y sus pensamientos todos, á difundir los saludables principios de la enseñanza en la mente de la infancia.

En la escuela fructifica la simiente sembrada en el hogar doméstico.

El niño sabe emitir la voz, y al maestro está reservado enseñarle á hablar con propiedad. El niño sabe que ama á Dios y es cristiano, y al maestro le compete robustecer estas creencias haciéndole entender el catecismo.

El maestro, aprovechando las nociones elementales que el niño posee, desarrolla sus facultades intelectuales y le inicia en todos los secretos que constituyen la base de los conocimientos humanos.

Fundamentos de la civilización social son los maestros, y humildes, oscuros, ocultos como lo están siempre los cimientos, desempeñan su noble tarea con más beneficio ajeno que gloria y provecho personales.

El padre y la madre instruyen al hijo dentro del hogar desde los primeros momentos de su existencia. Le reconocen en los umbrales de la vida y le llevan hasta los umbrales de la sociedad; allí le espera el maestro.

El maestro, al confirmar la educación doméstica completándola y corrigiéndola, y al marcar rumbo á los pensamientos científicos con sus sencillas lecciones, influye grandemente en el porvenir de la juventud, pudiendo encauzar y encaminar sus deseos é inclinaciones á un fin determinado.

Hasta tal punto ejerce dominio el maestro sobre las ideas del porvenir, que con sus candorosas explicaciones puede cimentar una escuela filosófica ó dar pábulo á una superstición determinada.

Los poderosos ejércitos á quienes debe confiarse el triunfo de las grandes causas, no son esos que infunden pavor en el ánimo con sus aparatos de destrucción y férreas vestiduras, sino esa hermosa agrupación de inocentes criaturas que apenas tienen fuerza suficiente para mantenerse en pie y rodean la respetabilísima personalidad del maestro.

Las grandes ideas pueden obtener una victoria efí-

mera y pasajera en los campos de batalla; pero los resultados trascendentales, profundos y verdaderos, se obtienen en la escuela, se fian á la dirección del maestro, tan poco atendido en nuestro desgraciado país, en que sólo se recompensan sus nobles servicios con huecas frases y pomposos adjetivos, negando un pedazo de pan al que prodiga el santo alimento del espíritu por todos los ámbitos del mundo.

Honrad á vuestras madres, y á vuestros padres, y á vuestros maestros: ellos son los preceptores de vuestro corazón, de vuestro deber, de vuestra inteligencia; ellos arrancan la venda fatal de vuestros ojos; ellos son los que esparcen por toda la tierra esa primera luz que alumbra el camino de nuestros primeros pasos en la vida.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL INSTINTO MATERNAL.

I.

Llegando á Portugalete cayó un marinero al mar, y le sacaron del agua sin dar de vida señal.

—¿Quién es este marinero? gritaron á más gritar; pero no respondió nadie; que el barco iba lejos ya, ría arriba, ría arriba, viento en popa y pleamar.

Para enterrarle llamaron al cura y al sacristán, y al sacristán dijo el cura, rico en santa caridad: —Como es tu hijo marinero y tú lo fuiste además, de los que por la mar andan conoces á la mitad. Antes que el féretro cubran con el paño funeral, mira si al muerto conoces, que si le conocerás; y así, si tuviese madre, el desdichado tendrá quien sobre su sepultura vaya á llorar y rezar.

Miró el sacristán al muerto con mucha prolijidad, y después de verle, dijo, casi á punto de llorar: —Conocer, no le conozco; pero tendría la edad del pobre hijo que no vemos hace tres años ó más, porque fué por esos mares y no acaba de tornar, aunque por él desde entonces su madre llorando está!

II.

Miserere mei llorando el cura y el sacristán (que cantar el *Miserere* es llorar y no cantar); *Miserere* las campanas de la iglesia parroquial; *Miserere* viento y pérdidas olas del cercano mar, y *Miserere* la gente que va delante ó detrás, en un féretro cubierto llevan al muerto á enterrar.

Gente que al entierro acude quiere al muerto ver la faz, y el paño que cubre el féretro burla su curiosidad.

Unos á otros se preguntan: —¿Quién este muerto será?

Y una mujer sale al paso del cortejo funeral, y, como si á esta pregunta respuesta quisiera dar, al ver el féretro grita con espanto que jamás pluma podrá describir, ni pincel podrá pintar: —El hijo de mis entrañas en ese féretro va!!! Y en efecto, va en el féretro el hijo del sacristán!

¿Quién se lo ha dicho á su madre, si la vista material el paño que cubre el féretro no ha podido penetrar? Sin duda tú se lo has dicho, santo instinto maternal, que sabiendo bien sentir, sabes bien adivinar!

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

Á LA SEÑORITA DOÑA L. F. DE C.

Brilla el lucero en la tranquila noche
Con más radiante luz que las estrellas;
Y da su aroma entre las flores bellas,
De tímida violeta el tierno broche.

Cruza la nave sobre el mar bravío;
Y el espacio también la golondrina;
Cuando en oscura tarde el sol declina
Entre las ondas de agitado río.

Con luces mil y sin igual fulgura
En diadema real solo el diamante;
Y oscurece su brillo rutilante
De perlas y esmeraldas la hermosura.

La casta virgen en el sacro templo
En venerado altar sola descuella;
Y hasta del sol la esplendorosa huella
Con muda admiración sola contemplo.

¿Dices que sola estás? Enjuga el lloro:
Dios desde el cielo protección te envía;
Eres de todos gloria y alegría;
Todos te adoran como yo te adoro.

EDUARDO COBIAN Y ROFFIGNAC.

LA MÁS DULCE BIENVENIDA.

Del amor verdadero
los celos brotan;
martirizan el alma,
la dicha roban.

GRACILIANO DE PUGA.

I.

DUDA.

Era una templada mañana de Agosto.

El Puerto de Santa-María es una linda ciudad rebo-sando hermosura y alegría, que corona su cabeza de guirnalda que forman los árboles que adornan el bellísimo paseo de la Victoria, y baña sus pies en el río Guadalete, el que corre á desembocar en el mar Océano, proporcionando á los bañistas que allí acuden los veranos, aguas completamente saladas en el sitio en que entra en el mar el cabo á que llaman los habitantes la *Puntilla*.

El bonito paseo que se denomina el Verjel, situado á la orilla del Guadalete, ostenta árboles y flores, ofreciendo un espectáculo encantador pasear por él, observando al mismo tiempo los vapores y demas barcos que llegan al muelle y las maniobras de los alegres marineros.

La mañana á que nos referimos, unas cuantas personas, sentadas en los bancos de piedra del paseo, respiraban con placer el aire puro y fresco de la madrugada.

Serian apenas las seis.

Dos jóvenes, abstraídos completamente en su conversación, entraron en el Verjel, colocándose en uno de los asientos de la derecha.

Simpáticos ambos, elegantes y llevando impresa en sus movimientos esa distinción que da el trato de la aristocracia, tenían un tipo completamente distinto.

Alto y delgado el uno, moreno, con bigote negro como sus ojos de brillante y profunda mirada, su semblante era gracioso y expresivo al par que melancólico, y su delgada cintura se ajustaba, luciendo toda su esbeltez, con el elegante uniforme de capitán de artillería.

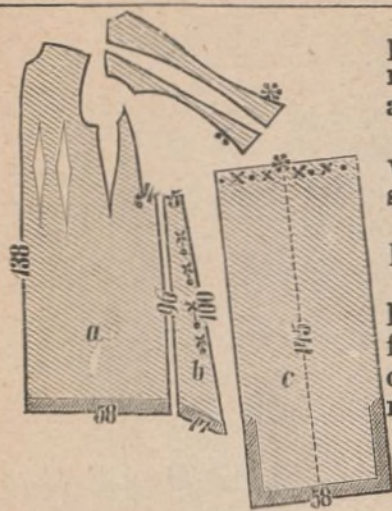
El otro era un tanto más bajo, con la tez trigueña y el cabello y la barba de un castaño claro; sus ojos pardos eran grandes, espléndidos y rasgados.

Parecía mayor que su amigo, y los dos representaban de veinticuatro á treinta años.

—Estoy completamente variado, amigo mío, decía el militar.

—¿De veras?... ¿Y hasta en tus opiniones respecto á la mujer?

—En cuanto á eso, contestó el interrogado, en cuanto á eso, mi querido vizconde, tenemos que hablar largamente. ¿No es cierto que si te confieso que



5. Croquis de la túnica núm. 9 del Correo anterior.

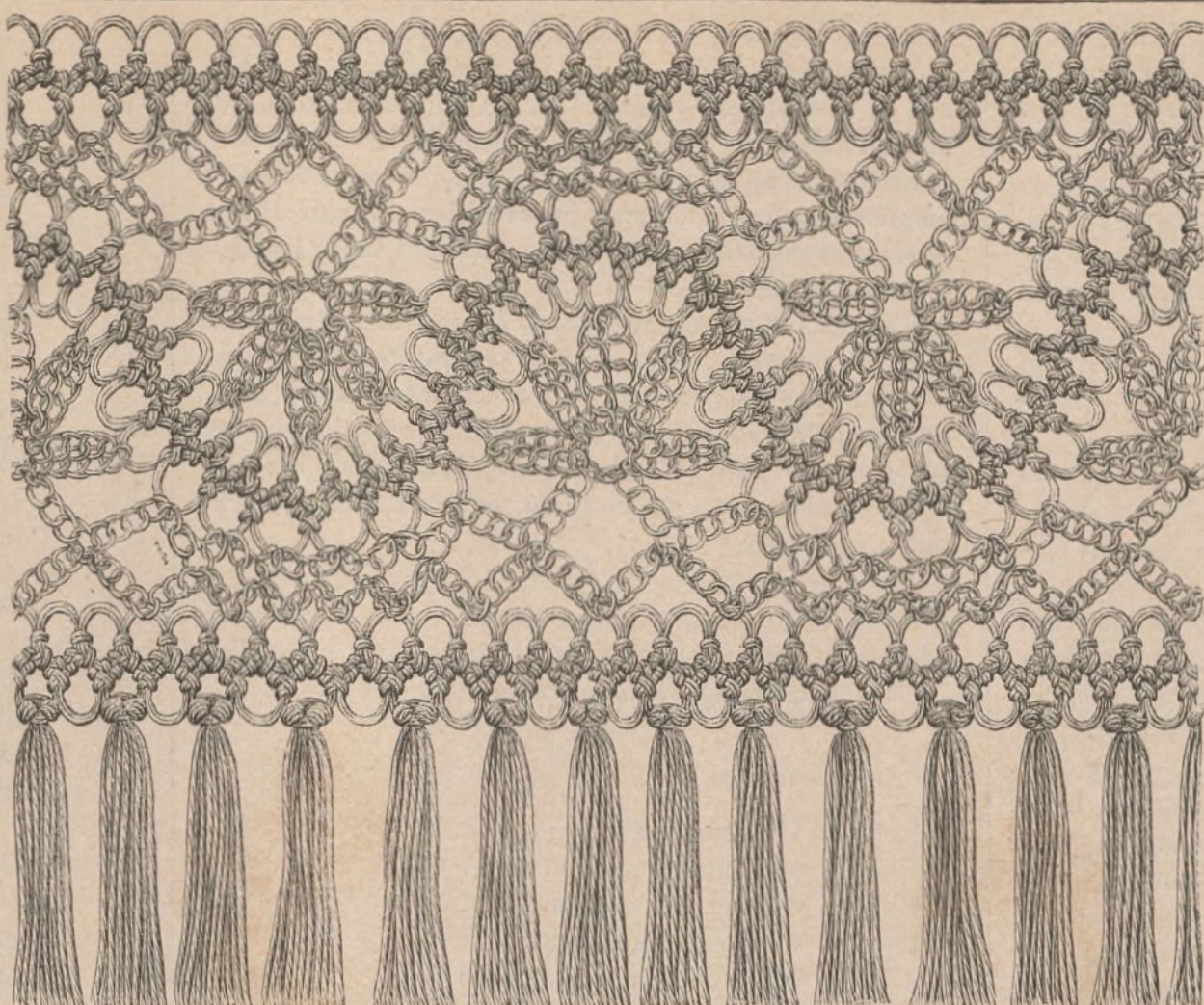
lindísima andaluza.

—Lo siento.
—¿Lo sientes?
—Sí; pero no lo comprendo.
—¿Por qué?
—¿No decías tú que jamás cambiarías tus opiniones? ¿No tachabas de despreciable al hombre que un día pensaba de distinto modo que otro? Mil veces te he oído repetir: "Cuando se llega a cierta edad, deben adquirirse ideas fijas, y mientras no se tengan para sostenerlas principios suficientemente probados, debe carecerse de ellas." Yo he procurado convencerte de lo que tú debías saber, y es, que de sabios es mudar

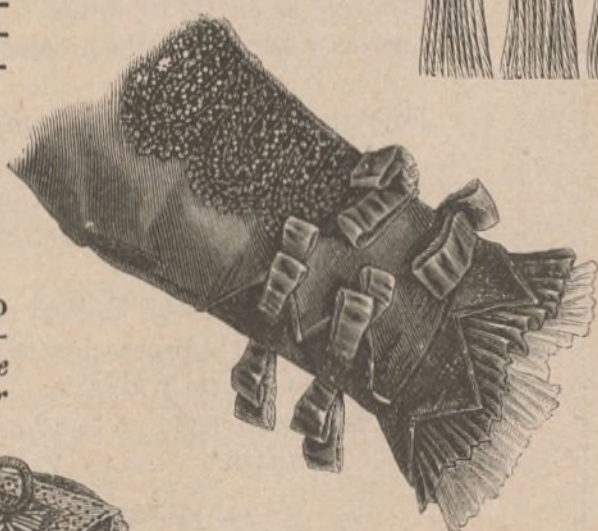
pienso lo mismo, y añado que en breve voy a casarme, me llamarás loco?

—Si no has modificado tus convicciones, sí.

—Efectivamente, creo me ha privado del juicio una



7. Cenefa para el pañuelo de punto núm. 8. Crochet.



9. Manga para vestido.



11. Tapon de lámpara, bordado en papel cañamazo.

de consejo; pero al fin, añadió sonriendo, te has aprovechado de mis lecciones, puedo cantar victoria, puesto que has reformado tus decantadas firmísimas ideas.

—No, no, repuso el militar, que había escuchado a su amigo en silencio.

—Pues entonces, ¿a qué obedecen tus proyectos? ¿No era para tí la mujer, "sin excepción alguna, según por experiencia habías podido juzgar, falsa, coqueta, presumida," y otro aluvión de cosas por el estilo?

—Sí.

—¿Y vas a dar tu nombre a quien reúne todas esas cualidades?...

—No, querido Alejandro; porque en toda regla caben excepciones.

—En esa decías tú que no; luego has variado tu modo de pensar.

—No lo sé; te decía antes que estaba loco, y no me equivocaba. ¿Cómo explicarte el piélago insondable de dudas y esperanzas en que está sumida mi alma? Si conocieras a Valentina, te aseguro que te creerías transportado por un momento al Olimpo, donde una celestial ninfa te electrizaría con su hermosura, haciéndote delirar de pasión. Tú la verás, y si no te sientes morir de amor, si no te arrojas a sus pies explicándole el inmenso fuego que en tu corazón arde....

—Basta, basta, dijo el vizconde sonriendo; ¿crees que voy a convertirme en tu rival?

—No, porque sé tu recto proceder en todos los asuntos, y comprendo que dominarás tu pasión y que...

—¿Pues

sabes, in-

terrompió 6.

Croquis del vestido núm. 12 del

su amigo.

Correo anterior.

que voy creyendo en tu locura? ¿Te chan-

ceas, ó supones que en realidad voy a

declararme esclavo de esa segunda Dul-

cinea del Toboso, que te ha convertido

en otro Don Quijote?

—Mira, Alejandro, no quiero que te

burles de mi amada.

—Pero, hombre, como supones que es

preciso me enamore de ella...

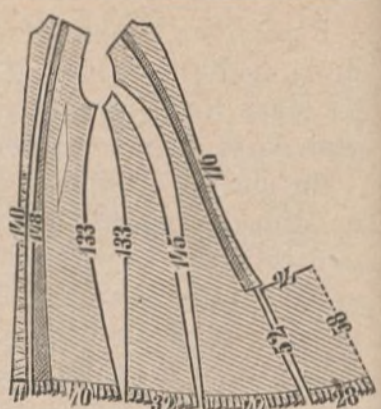
—¡Oh! yo te lo aseguro; ¡no es posible

verla sin adorarla!

—Pues no pienso hacerlo; pero, en fin,

¿no sabremos si es ángel ó mortal esa

señorita?

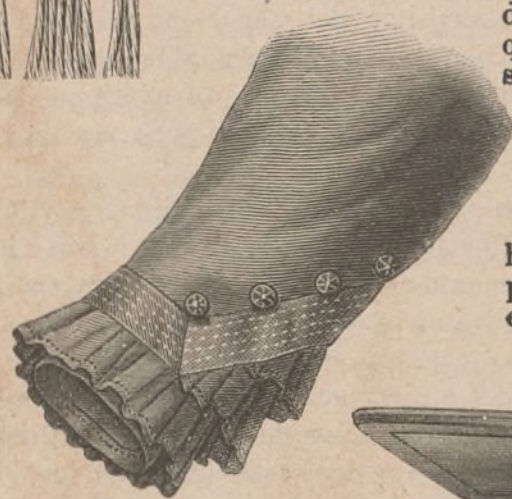


6. Croquis del vestido núm. 12 del Correo anterior.

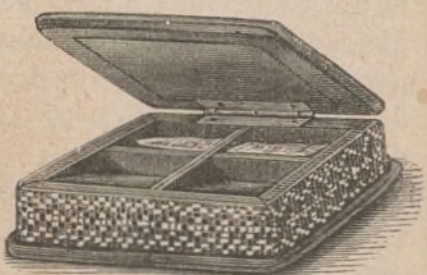
El semblante del artillero adquirió una expresión severa, y dijo a su amigo:

—Sólo á tí permitiría que hablase con tan poco respeto de ella.

—¿Pero te re-



10. Manga para vestido.



12. Caja para sellos. (Véase el núm. 35.)



8. Pañuelo de crochet. (Véase el núm. 7.)



13. Delantal con volante bordado.



16. Ramo de flores para el peinado.

15. Collar de flores y cintas.



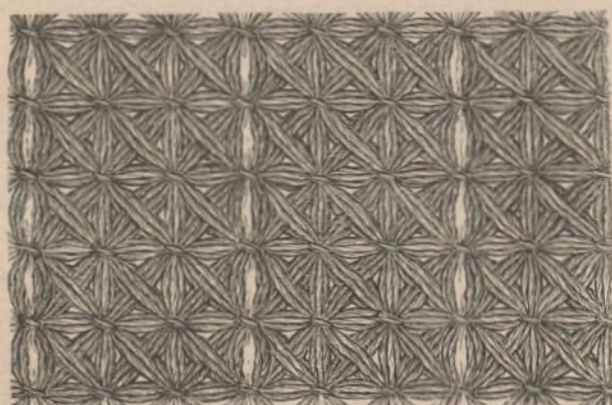
14. Delantal con plegado y fleco.

confianza que siempre nos ha unido.

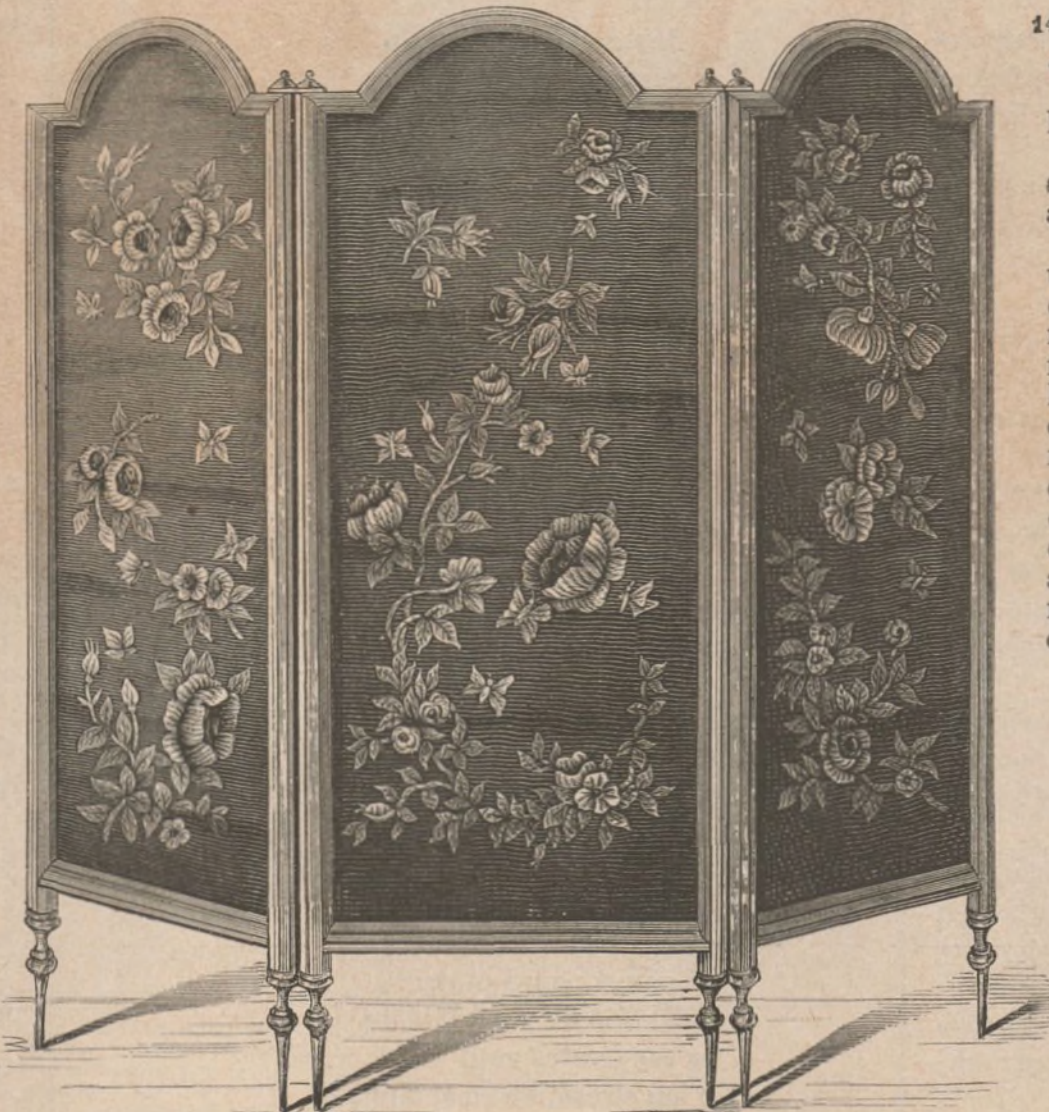
Y el vizconde alargó la mano a su amigo, que la estrechó cordialmente, diciendo:

—Para demostrarte que estoy completamente satisfecho, voy a referirte la historia de mis amores.

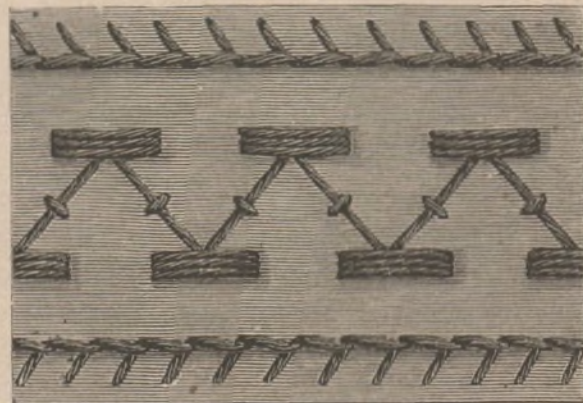
Lleno de desengaños, siendo para mí la vida una carga pesada y la sociedad una continuación de decepciones, llegué a esta ciudad, más por curiosidad que por deseo de contemplar de cerca los floridos verjeles y las ardientes y seductoras bellezas de Andalucía. Encantos mil encontré en este país, en el que parece, como dirían los paganos, que han derramado los dioses todas sus celestes bendiciones; pero mi corazón estaba vacío, y yo sufría, sufría más que nunca, porque entre tantas bellezas sentía una necesidad de amar, dulce é imperiosa, que jamás había experimentado. El universo entero me parecía estar envuelto en un vaporoso velo que me hacía verlo



17. Tejido en bastidor.



19. Pantalla de chimenea. Aplicaciones de cretona.



18. Bordado para la cartera núm. 1.



EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel IIª, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

todo h
dia, se
traba
mient
pareci
compa
presen
trarla.



20. Vela
anuda

mi pre
rita de
libre; y
do noti
quince
disputa
mi ad
tina.

—¿L
confian

—No

cuando

encuen

á su la

me par

ce estar

junto

á un
ángel
al que
deben
tributar
se hom
najes de
dillas, y
len dem
palabra
sionada
pueden
sin emb
tusiasm
mi alma
algun a
ella se
expresiv
mi cora
jóven, y
rece qu
sedad e
más p
más tar
una m
devolv
go, el a
pero tu
te aseg

todo bajo un prisma melancólico y sepulcral. Un día, sentado en el paseo de la Victoria, me encontraba poseído de una dulce tristeza, y mil pensamientos diversos acudían á mi imaginación. Me parecía que debía buscarse en el mundo un alma compañera de nuestras penas y alegrías, y un leve presentimiento me decía que podía esperar encontrarla. En aquel momento, te lo confieso, olvidaba

mis fatídicos argumentos y me remontaba á un mundo desconocido. Las ilusiones mecían mi alma, más frescas y sonrosadas que en los primeros años de mi adolescencia. De repente levanté los ojos y pensé quedar extático de sorpresa; me pareció que soñaba; delante de mí veía un ángel en forma de mujer; esta mujer ó ángel me dirigía una mirada. Me estremecí, mi corazón dió un vuelco; en aquel momento me hubiera arrojado á sus pies; pero ya era tarde: se alejaba. Un hombre joven la acompañaba; una terrible sospecha cruzó mi mente, y me lancé tras ella. Algunas horas después sabía por



20. Velador con cubierta bordada y fleco anudado. (Véanse los núms. 21 á 25.)

una criada que mi pretendida se llamaba la señorita de Santisteban y que era libre; y á los dos meses puedo noticiarte que dentro de quince días nadie podrá disputarme el amor de mi adorada Valentina.

—¿Luego tienes confianza en ella?

—No lo sé; cuando me encuentro á su lado me parece estar junto



21. Lanza-dera para el fleco anudado.

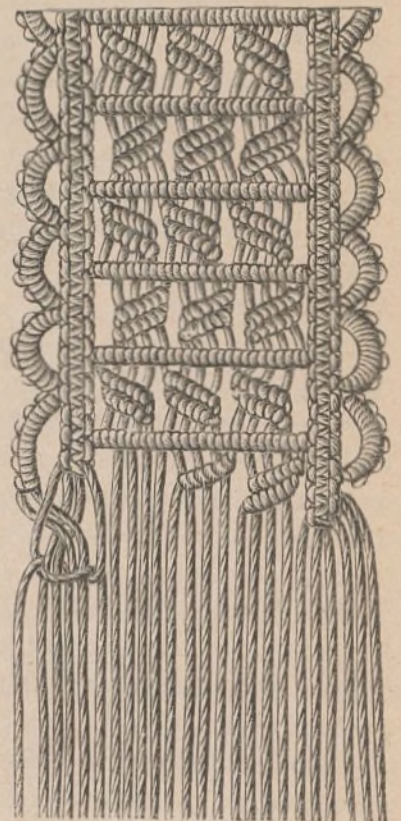


23. Fleco anudado (macramé) para el velador.



22. Lanza-dera con el hilo devanado. Solo será, no lo dudes, una ilusión. Por el contrario, si te parece buena, si cuantos la tratan la juzgan virtuosa, entégate á la confianza por completo, y ten fe; que la fe torna alegre y amable esta vida, que sin ella es triste y detestable y horrorosa.

Algun tiempo después los dos amigos penetraban en Vista-Alegre, entrando en una de las habitaciones de esta fonda, cuyos balcones dan al paseo que acababan de abandonar.



24. Entredós anudado (macramé) para el velador.

II. HIMENEO.

Sonreía la aurora una madrugada de Setiembre, pero con una sonrisa sentimental y melancólica, como melancólica y sentimental era la mirada de los

hermosos ojos de Valentina Santisteban, que acababa en aquellos momentos de recibir las bendiciones que la unían á Humberto de Almaraz.

La diosa de los desposados, la orgullosa Juno, parecía haber derramado los más delicados de sus dones celestiales sobre la joven.

Volvían de la iglesia, donde la enamorada Valentina había entregado su mano al hombre que hacía algún tiempo era dueño de su corazón, y sin embargo sufría. Para Valentina, poseer la ternura de Humberto, ser su esposa, es decir, la mujer única que en el mundo tenía ya derecho á su amor, llevar su nombre y no separarse nunca de él, eran un cúmulo de alegrías tan inmenso, que oprimían su juvenil corazón. Además tenía un triste presentimiento. Tal vez sus



á un ángel al que deben tributar-se homenajes de rodillas, y salen de mi boca palabras apasionadas que no pueden expresar, sin embargo, el entusiasmo que siente mi alma; pero si entra algún amigo de la casa y ella se muestra cariñosa y expresiva, los celos torturan mi corazón, sobre todo si es un joven, y sufro horriblemente; me parece que Valentina es el ángel de la falsedad en vez del de la pureza, y la juzgo más perversa cuanto parece más inocente. Pero más tarde, al retirarse la visita, una sonrisa y una mirada suya bastan para disipar mi enojo y devolver la calma á mi agitado espíritu. Sin embargo, el amor tal vez me ciega; no sé cómo juzgarla; espero tus consejos, amigo mío; tú me guiarás, aunque te aseguro que me casaré con ella de todos modos.

25. Bordado vaneciano para el velador núm. 20.

ojos de purísima mirada entreveían las azuladas alas del ángel de la tristeza que revoloteaba en torno suyo.

Encantadora era la hermosura de Valentina, y más aún la pureza que en su semblante se retrataba.

Apénas llegaba á los diez y nueve años la joven desposada. Era alta, delgada y de tez blanca, pero no con ese blanco desanimado y frío de las hijas del Norte, sino con el alabastrino y levemente sonrosado de las del Sur. Sus cabellos rubios, que descendían blondamente por sus hombros, y la inocencia de su sonrisa, la hacían asemejarse á un ángel de Murillo; pero sus negros y rasgados ojos expresaban todo el fuego que se encierra en el alma apasionada de una andaluza.

Delicioso contraste el que formaba su semblante, expresando á la vez la angélica pureza y la vehemencia de sus sentimientos.

Envuelto su cuerpo esbelto y elegante en un largo vestido de seda blanco, un vaporoso velo se ceñía á su tersa frente por una corona de azahar.

Humberto Almanzar, al que ya conocen mis lectores, estaba melancólico también, porque también un presentimiento fatal agitaba su espíritu.

Y las auras que gemían á lo lejos entre las flores parecían presagiar un acontecimiento tristísimo.

Humberto, fatalista por naturaleza, se sentía dominado por una secreta y misteriosa angustia que le impedía gozar de la dicha que su enlace debía proporcionarle.

Únicamente sonreía al fijar sus miradas en Valentina; pero su sonrisa era triste como una sola estrella en el nebuloso firmamento de una oscura y fría noche de Enero.

Valentina Santistóban, huérfana de madre al nacer, se había educado en un convento de monjas, y desde que salió de él vivía con su padre y su hermano Leonardo, que tenía algunos años más que ella.

De un carácter amante y expresivo en sumo grado, Valentina encerraba en su pecho un tesoro inagotable de ternura, el que prodigó á manos llenas.

Límpidos y serenos amanecieron para ella los días que pasó en la casa paterna, porque, rica y hermosa, no sufrió desengaños; la adulaban las amigas y la adoraban los hombres, y ella los complacía á todos sin comprender la falsía y la mentira que abundan en el mundo, y empleaba la más tierna solicitud para pagar el cariño que sus amigos la demostraban. No podía entrever que se ocultase el engaño bajo el velo de sincera amistad, y concebía todos los afectos grandes, verdaderos, inextinguibles como ella los sentía. Expresiva con todos los que trataba, y acostumbrada á demostrar sencillamente sus sentimientos, no encontraba palabras para descifrar, tal como lo sentía, el fuego que Humberto había encendido en su corazón.

Éste, enamorado de Valentina, creyendo ver en ella un ángel, le prodigaba mil frases apasionadas. Huérfano desde su más tierna infancia, el joven militar se educó al lado de una hermana de su difunto padre, que al morir le dejó heredero de una inmensa fortuna. Rico, simpático y de un talento superior, nada parecía que debía faltar á su felicidad. No obstante, era tan elevada su alma, tan exquisitos sus sentimientos y tan noble su proceder, que no encontraba amigos que le comprendieran, y juzgaba un nuevo desengaño cada mujer que trataba y cuyo escaso mérito moral podía apreciar. ¡Era desgracia de Humberto, ó que son frívolas la generalidad de las mujeres! Sea lo que fuere, el joven jamás había encontrado un alma que comprendiera la suya, sufriendo decepciones continuamente. Al morir su tía y quedar sólo en el mundo, no pensó en buscar esposa, á pesar de que apénas sabía en qué emplear sus cuantiosas riquezas; no encontraba gusto en los placeres materiales; carecía de religión y sentía un vacío horroroso en su alma. Solamente su carrera, que abrazó con entusiasmo y por verdadera vocación, le ofrecía algún aliciente para el porvenir, animando un tanto su triste y solitaria vida.

Una leve enfermedad fué la causa de su viaje á Andalucía, pidiendo una licencia para tomar baños de mar.

Ya sabemos la impresión que experimentó al ver á la señorita de Santistóban: la pureza, hermosura y fervorosa piedad de Valentina le hacían gustar una felicidad que creía ver desvanecerse á cada instante como un sueño de ventura.

Ella no podía explicar á Humberto su pasión. Sólo algunas veces, cuando las palabras de éste le descifraban lo que sentía, exclamaba entusiasmada:

—Sí, sí; eso mismo experimento yo.

¿Y qué mucho que con tal sinceridad hablase, ella, la inocente colegiala que un año antes salía del convento, que miraba en cada ser humano un hermano en el Señor, criado para la felicidad eterna?

Su padre, orgulloso con la inocencia de su hija, había cuidado de conservarla, como el avaro de ocultar su tesoro.

¿Qué sabía ella, dulce tortolilla crecida entre flores, música y estudios, del mundo en que apénas había entrado? ¿Cómo comprendería la cándida niña, cristiana, amorosa y modesta, las miserias, las malas pasiones que á su alrededor se desarrollaban, ocultas como los insectos en los jardines?

Antes de casarse le dijeron que lo más elegante era marchar desde la iglesia al lugar donde debía pasarse la luna de miel. Humberto tenía que incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnición en Madrid, y ella dijo que antes de separarse de su padre quería comer por última vez con él, acompañada de sus amigos.

Este deseo, manifestado tímidamente, fué satisfecho por Humberto al instante.

En su plan entraba no contradecir en nada á su esposa, porque quería ejercer únicamente el dominio del amor.

Cuando al día siguiente subían al tren los esposos, densas nubes se apiñaban en el firmamento, y algunos minutos después la tormenta se desencadenaba con furia, azotando el poderoso aquilón los cristales de las ventanillas.

Valentina inclinó su cabeza con abatimiento: el estado de la atmósfera armonizaba perfectamente con su oprimido corazón.

No obstante, pronto las palabras de Humberto la hicieron sonreír venturosa, y su tristeza se disipó como por encanto, entregándose por completo á la felicidad.

III.

CELOS.

Porque los celos hacen ver en el llano montes inmensos.

GRACILIANO DE PUEA.

Declinaba el sol una tarde de Setiembre, dos años después del matrimonio de Humberto Almanzar con la angelical Valentina Santistóban.

La tarde á que nos referimos se encontraban los dos esposos en un saloncito elegantemente decorado y perfumado por dos hermosos ramos de flores que ostentaban su belleza en los lindísimos jarrones colocados sobre la mesa.

Valentina, sentada en una silla pequeña, mecía en sus brazos á un niño como de año y medio, rubio y sonrosado, cuyos grandes ojos cerrados estaban guarnecidos de largas y rizadas pestañas oscuras.

Un poco más allá de ella se veía una elegante cuna de mimbres.

Humberto leía, ó mejor dicho, tenía un libro abierto en la mano; pero su pensamiento volaba lejos, muy lejos de lo que aquel libro contenía.

Su frente estaba sombría, y sus ojos, fijos en su mujer unas veces, otras en el libro, despedían destellos, ora tristes y amorosos, ora radiantes é indignados.

Alejandro Brumas, el joven vizconde á quien conocimos en Andalucía, había asegurado al ver á Valentina que ésta era un ángel de pureza y de bondad, y Alejandro no se engañaba.

La candorosa niña hubiera labrado la ventura de cualquier hombre, y hacía á Humberto lo más dichoso que éste podía ser.

Pero á Humberto le estaba vedada la felicidad, porque es imposible gozar cuando el alma no encuentra un instante de paz, y ésta falta si se carece de fe y confianza.

Y ¡ay de los tristes mortales si no tienen confianza en el objeto de su amor, ni fe en la sacrosanta religión cristiana, en esa religión de paz y de dulzura, que nos promete un premio eterno á cambio de dolores pasajeros!

Valentina creía, amaba y confiaba, y la vida para ella hubiera sido un paraíso de delicias si la tristeza y melancolía de Humberto no la hiciesen padecer. Por eso había perdido el sonrosado de sus mejillas; por eso lejos de él lloraba sin consuelo; porque aquella mujer amante y virtuosa comprendía que un martirio torturaba el corazón del hombre amado, y su agonía era mortal, porque no podía ella evitar su desventura.

Y sin embargo, al conocer que Humberto sufría, no encontraba el motivo.

—¿No me amará? pensaba.

Pero los trasportes del joven le demostraban que sí.

No se le ocultaba el carácter celoso del hombre á quien uniera su destino; pero creía evitar sus celos viviendo recogida en su casa, tratando solamente á las personas que él deseaba.

Además, su conciencia severa y su juicio recto no le habían permitido pensar: ¿Desconfía de mí?

Y si alguna vez esta idea acudía vagamente á su imaginación, la desechaba como absurda é indigna de su esposo.

Y no encontraba la causa del pesar que devoraba á Humberto.

Levantóse, colocó á su hijo en la cuna y volvió á sentarse con desaliento.

Humberto no le había dirigido la palabra aquella tarde; al sentarse, éste la contempló algunos momentos con interés.

Sin duda recordaba aquella fresca y sonrosada niña que él arrancó un día de los brazos de su padre, y la comparaba con la joven pálida y melancólica que sufría sola y triste lejos de su país y de sus amigos.

Se levantó y corrió á su lado.

—¡Valentina! ¡Valentina! exclamó; no quiero verte triste, no quiero que sufras, no; ¡por Dios!

Valentina se sintió desfallecer. Acostumbrada á no disimular sus sentimientos, careciendo hacía algún tiempo de la ternura que al principio le consagraba su esposo, sin que nadie la dirigiera palabras afectuosas, al oír á Humberto no pudo contener las lágrimas, é inclinando la cabeza, cubrió sus ojos con el pañuelo y de su pecho se escapó un sollozo.

—¿Lloras? exclamó Humberto. ¿Lloras, y soy yo la causa de tu tristeza, yo el que lleno de duelo tu corazón, yo que no sé darte la felicidad que mereces?

Y exhaló un profundo suspiro.

—No, tú no, dijo Valentina con un acento arrancado del fondo de su alma. Tú no tienes la culpa de mi dolor.

Humberto levantó la cabeza y un rayo de desesperación brilló en sus negras pupilas; las palabras de Valentina clavaron en su corazón un agudo puñal. No podía comprender en una mujer la generosidad de negar que su esposo era la causa de su pena por no afligir más á éste, y le pareció ver en ellas la confirmación de sus amargas sospechas, la confesión del desamor de su mujer, y una idea terrible cruzó su mente: creyó que sufría porque amaba á otro.

¡Oh celos! ¡pasión dolorosa que ofusca los entendimientos más claros, que hace volver loco al que la experimenta!

Humberto creía á su esposa incapaz de faltar á sus deberes, y no obstante, temía que le robaran su corazón. No entendiendo la religión que Valentina profesaba, creía que ésta obligaba á confesar los sentimientos, aunque al hacerlo se martirizase á la persona amante; y no comprendía que prohibía á la mujer casada amar á otro que á su esposo. No pudiendo dudar de la virtud, dudaba del amor.

—No me ama, pensó retirándose de ella; por eso sufre, por eso llora; mi presencia la mortifica.

La mirada de Valentina se cruzó con la suya en aquel momento. Se estremeció. Era tan pura, tan ardiente y tan enamorada la expresión de los ojos de su esposa, que Humberto corrió á su lado sin poder resistir el magnetismo que ejercía en él.

Tomó la mano de Valentina, la estrechó contra su corazón y la besó mil veces, exclamando:

—No sufras, Valentina mía, no sufras; yo te amo, y tus dolores traspasan mi alma.

—¡Humberto!... murmuró ella inclinándose su rubia y lindísima cabeza sobre el hombro de su esposo. ¡Humberto, padezco porque no puedo, no podré nunca hacerme feliz!

La sospecha volvió á asaltar la mente del joven. Los extremos se tocan. No creía en la sinceridad de la mujer, y pensaba que la suya iba á explicarle la lucha que sostenía entre el deber y el amor.

Inocente Valentina y cariñosa en sumo grado, había infiltrado sin saberlo la duda en el corazón del hombre amado.

Durante el primer año de su matrimonio, Humberto fué dichoso; pero trascurido éste, pensó que su mujer era un ángel que no podía faltar á sus deberes; comprendía su elevada imaginación, el tesoro de virtud y de ternura que encerraba su alma, y por una de esas extrañas anomalías del corazón humano, la vehemencia de su amor le hizo considerarse indigno del de Valentina y pensó que un día podrían arrebatarle.

Esta idea llegó á convertirse en una profunda convicción, y le hizo alejar de su casa á todos sus amigos y dejar de ir á los bailes, teatros y reuniones.

Valentina se conformaba, más alegre cuanto más sola estaba, no ambicionando más en la tierra que el amor de su esposo y las caricias de su pequeño ángel. El mundo para ella estaba reducido á estas dos personas.

Sólo un amigo conservó Humberto de Almanzar: el vizconde. Éste le visitaba con frecuencia y procuraba desterrar los celos de su alma.

—Tu mujer es un ángel, le decía; no la mereces.

Y estas palabras aumentaban los celos de Humberto.

Ya hemos dicho que, escéptico hasta un grado inverosímil, no creía en nada más que en la virtud de Valentina; pero hemos olvidado observar que en Alejandro

Brumas confiaba verdaderamente en la época de su matrimonio.

Al casarse recomendó á su esposa que lo considerara como á un hermano; y Valentina, á quien al principio disgustó tener esa intimidad con un hombre que apenas conocía, cedió al fin por complacer á Humberto, y admitió en su casa al vizconde como á una persona de su familia.

El joven era su amigo de todas veras; pero ella jamás permitió que su amistad se estrechase hasta hablar del extraño carácter de su esposo.

Humberto, que no creía capaz de una bajeza á su amigo, empezó á figurarse, no obstante, que amaba á Valentina; se encoló horriblemente de la franca amistad que él había exigido á ésta que le profesara, y decidió alejarlo para siempre de su casa. Esto le era muy difícil sin un motivo fundado, y meditaba el modo de hacerlo, cuando Alejandro le anunció que iba á emprender un largo viaje. Esto le tranquilizó momentáneamente; pero los celos no le dejaban un momento de reposo, y la idea de la vuelta de su amigo le atormentaba de un modo inexplicable.

La tarde en que nos ocupamos de ellos, apuraba la copa del dolor porque había recibido una tarjeta de Alejandro anunciándole su regreso á Madrid.

La idea de ver á Valentina sonreír á su amigo y dirigirlle palabras afectuosas le martirizaba, y quería á todo trance evitar aquella amistad que le robaba su dicha.

Decidido á no visitar al vizconde, le parecía que Valentina sufriría al cortar aquellas relaciones.

Humberto parecía haberse complacido en mortificarse á sí mismo fingiéndose una historia de amores en la que Valentina, sin saberlo, había hecho á Alejandro dueño de su corazón. Pero si triste había sido para él esa idea, nunca había sufrido tanto como entonces, porque creía por vez primera que su esposa durante la ausencia de su amigo empezó á darse cuenta de la pasión que él le atribuía; que su tristeza era efecto de esto. Mil veces desechaba todos estos pensamientos, porque las pruebas del amor de Valentina le hacían volverse un momento á la realidad; pero luego creía una ilusión esta ventura, y aquella tarde las inocentes palabras de la joven arraigaban las sospechas en su corazón, porque se figuraba que á su esposa le era imposible ocultar nada de lo que sentía, y creía ver en ellas otras tantas confesiones de su culpable é involuntario amor.

Al oírle decir que no podía hacerle feliz, sintió un dolor más fuerte que nunca, y dejó caer la cabeza entre sus manos con desaliento.

La doncella entró á encender la lámpara, y el semblante de Valentina, inundado de aquella pálida luz, ostentaba una hermosura fantástica y celestial.

Humberto la contempló un momento y sintió impulso de arrojarle á sus pies y declararle una vez más su amor; pero una fuerza superior le detuvo. La duda se alzaba en su alma.

Se decidió á hacer una prueba.

—Esta noche, dijo, vendrá Alejandro...

Valentina levantó la cabeza: una infantil alegría iluminó su semblante, y preguntó precipitadamente:

—¿Dónde le has visto? ¿Te ha dicho él que viene?

Pero la sangre se heló en sus venas.

Al levantar los ojos, su mirada se cruzó con la de Humberto; en la de éste había algo de sombrío y aterrador. Un rayo de luz iluminó la mente de Valentina; vió en los ojos de su esposo algo horrible; comprendió lo intempestivo de las palabras de éste, y adivinó lo que jamás había podido imaginar. Humberto tenía celos de Alejandro.

Esta idea hizo poner sumamente encarnada á la angelical Valentina.

Humberto la observó.

—¡Oh Dios mío! pensó; le ama, le ama; es un ángel, no puede ocultarlo. ¡Oh! ¡no me engañaba al creer que ha entregado á otro su corazón!

Un criado anunció desde la puerta:

—El señor vizconde de Rodier.

Y sin dar lugar á que contestaran, Alejandro penetró en la habitación y corrió á abrazar á Humberto.

Éste le recibió con frialdad.

Luego, al alargar la mano á Valentina, el calor de ésta se extendió sonrojándose hasta su frente.

Alejandro la miró con ternura; la joven se hacía amar de todos cuantos la trataban, y después de no verla en tanto tiempo, el vizconde la encontró encantadora y por vez primera experimentó hacia ella otro afecto más vehemente que el de la amistad.

Ella, al observar la mirada del joven, sintió aumentarse su confusión, y sólo pronunció melías palabras.

Pocos momentos después salió de la habitación.

El desencanto descendía al corazón de Humberto.

—¡Ángel mío soñado! exclamaba, sintiéndose morir y

rebotando en su alma la amargura; ¡ángel mío soñado! ¡Mujer amante y virtuosa! ¿Conque sólo te diferencias de las otras mujeres en la sinceridad y el candor? ¿Conque eres veleidosa é inconstante y has dado en tu corazón cabida á otro amor que el de tu Humberto? Pero ¿qué digo? ¿Se manda acaso al corazón? Si le ama, ¿podrá evitarlo? ¡Ah, no, seguramente! ¡Dios mío, Dios mío!

Y sumido en estas reflexiones, apenas contestaba Humberto á las preguntas de Alejandro.

El vizconde se asombró al pronto de la frialdad de su amigo. ¿Era aquél el mismo, tan expansivo y cariñoso algunos meses antes?

—Humberto, dijo, ¿no has recibido acaso mi carta?

—Sí, contestó el interpelado.

—¿Y por qué no me has contestado?

—No he podido.

El vizconde calló. ¿Qué significaba aquel laconismo, aquel desden?... Pero no dudó mucho tiempo. Conocía demasiado á Humberto, y además su corazón palpitaba aún al recuerdo de Valentina, de la bellísima Valentina, cuyo color sonrosado en extremo hacía más agradable el rubio apagado de sus hermosos cabellos y el negro brillante de sus rasgados ojos.

Alejandro abrigó una sospecha.

—¿Quién sabe, pensó, si tendrá celos de mí? Quizás mi ardiente mirada me vendería.

(Se continuará.)

AURORA MARÍA PEREZ Y ABELA.

DEUDAS ANTIGUAS.

BIBLIOGRAFÍA.

La primera, la más sagrada deuda de las que hoy nos proponemos pagar para descargo de nuestra conciencia, es la que contrajimos hace ya meses con la erudita escritora Sofia Tartilan, que un tiempo honró con su firma las páginas de EL CORREO, y á quien sin duda deben querer y estimar en alto grado nuestras amables suscriptoras, como la queremos y estimamos nosotros.

En efecto; dotada de una inteligencia clarísima, de un carácter enérgico, va en sus escritos derecha á su fin, que es siempre honrado y bueno, sin vacilaciones de ningún género. Esta fijeza de pensamiento, esta severidad de ideas, la distinguen de las demás escritoras de su sexo, permitiéndola entregarse á estudios más serios, á consideraciones más altas y filosóficas, explanadas con una claridad de razonamiento y una sencillez de lenguaje que asombra y convence al mismo tiempo.

Esto habíamos pensado siempre de Sofia Tartilan, y nos ha confirmado en nuestro juicio el bellissimo libro que acaba de publicar, titulado *Páginas para la educación popular* (1). En verdad que sus ideas están muy lejos de ser las nuestras en ciertas materias, para nosotros de suma trascendencia; pero nos es muy grato rendir párias al mérito verdadero, por más que quisiéramos que en ciertos puntos abandonase la nueva senda para seguir el viejo camino sombreado por los árboles seculares á cuya sombra duermen todavía tranquilamente nuestros abuelos el sueño eterno.

¡Ah! nuestra discreta amiga olvida al recomendar la urgente necesidad de ilustrar á la mujer, y sobre todo á la mujer del pueblo, centro y base de las sociedades venideras, que esta necesidad ha surgido en nuestros días, porque antes la mujer de todas las clases sociales poseía un pequeño libro en el cual estaban compendiados y reasumidos todos los deberes, todas las virtudes; libro que la enseñaban de memoria al nacer, que estudiaba asiduamente hasta que bajaba al sepulcro; librito mágico que iluminaba su corazón y su conciencia; talisman precioso que le servía de norma y escudo en las circunstancias más áridas de su vida.

Nosotros preferimos aquel diminuto libro que sellama catecismo, á las áridas y fastuosas disertaciones de los filósofos modernos; pero ya que, sean cualesquiera las causas, el amado librito ha caído casi en desuso, pedimos con la ilustre autora de *Páginas para la educación popular*, que se instruya á la mujer de modo que llegue á ocupar el puesto que de derecho le corresponde en el concierto humano, dada la capital influencia que ejerce en la familia, eje sobre el cual giran todos los organismos sociales, y base de la moral y las costumbres en todos los tiempos, y muy particularmente en los actuales.

La esposa (2) se titula un magnífico poema que acaba

de publicar nuestra distinguida colaboradora Doña Josefina Estévez de García del Canto, y por el cual la enviaremos nuestra calurosa enhorabuena. No hallando frases bastante elocuentes para hacer su elogio, nos contentaremos con trascribir el juicio que consigna el distinguido poeta D. Antonio Fernandez Grilo en el prólogo que precede á la obra.

«El poema de V., dice, dirigiéndose á la autora, es altamente moral y filosófico, exuberante de pensamientos profundos, más propios de la severidad y del análisis de un grave y consumado moralista que de la florida imaginación de una mujer. Poeta, y poeta de primer orden, es la que nos pinta tan magistralmente la desenfrenada lucha del bien y del mal.

«¿Quién describirá tan de mano maestra el hogar con sus bonanzas y sus tempestades secretas, el grupo de la familia, las pequeñas miserias de la vida, las grandes alegrías de la mujer casada que sabe llegar al puerto de su deber? ¿Cuánto tienen que aprender en esta tiernísima *guía del matrimonio* los maridos extraviados y las esposas mártires!»

Y más adelante

«Esposas como las que V. immortaliza en su libro, son en el mundo Teresa de Jesús adorando con éxtasis á su ídolo supremo, ó la mujer fuerte de la Biblia.»

Después de estos encomios, serían pálidos cuantos pudiéramos dirigir nosotros á la dulce autora del poema, de quien somos hace mucho tiempo entusiastas admiradores.

El infatigable escritor D. Manuel Ossorio y Bernard ha dado á la estampa un precioso *Almanaque de los niños*; y aunque es tarde ya para recomendarlo á nuestros lectores, tampoco lo necesita por haberse agotado casi su numerosísima edición. Es un elegante tomito ilustrado con láminas primorosas y enaltecido con las firmas de nuestros primeros escritores. ¿Qué padre no preferirá regalar este instructivo aguinaldo á sus hijos, en vez del frívolo juguete que se rompe al cuarto de hora? Así lo han comprendido sin duda todos, cuando tanta prisa se han dado en adquirirlo.

Nosotros nos congratulamos de un éxito tan lisonjero, que animará al Sr. Ossorio y Bernard á reproducir todos los años este bello almanaque, tan útil á la infancia.

Cuentos del pastor se titula otro libro del Sr. Collado y Tejada; y por cierto que es hoy muy grata tarea la nuestra, pues sólo tenemos que repartir plácemes y enhorabuena.

Los *cuentos del pastor* contienen preciosos cuadritos de costumbres, relatados con sencillez y gracia y muy propios para cautivar y conmover el alma de los niños.

Este es otro de los libros que los padres deben regalar á sus pequeñuelos, para que, alentados por la cariñosa voz del Sr. Collado, sigan con alegría la espinosa senda del bien y la virtud, sin apartarse de ella un solo instante.

La tierra prometida, nueva producción del Sr. Perez Rioja, es un encantador cuadro de costumbres, pintado con mano maestra, tanto por la verdad de los caracteres como por la viveza del colorido, y digno en un todo del autor del romancero de *Numancia*, al que tantos y tan justos aplausos se han tributado no hace mucho tiempo.

¿Quién no conoce y admira al Sr. D. Luis Vidart, á quien se deben tantas obras maestras militares, políticas y literarias?

Ahora ha aumentado su catálogo enriqueciéndolo con un bien escrito folleto titulado *Cervantes, poeta épico*, cuya lectura recomendamos á los apasionados del inmortal autor del *Quijote*.

Otro precioso folleto ha publicado el Sr. D. Adolfo de Castro, titulado *Como la cierva herida*, dedicado por el ilustre publicista á la memoria de su virtuosísima esposa Doña Ana Herrera Dávila, modelo de esposas y de madres, dechado de caridad cristiana, que ha bajado tempranamente á la tumba, dejando sumida en el mayor dolor á su familia.

Por último, hemos recibido un opúsculo cuyo título es *El matrimonio*, debido á la bien cortada pluma del Sr. D. José Rodríguez, que, aunque compendioso, deben leerlo con atención los casados que deseen ver reinar la paz en su familia.

Creemos haber pagado por hoy todas nuestras deudas. Si alguna hemos olvidado, rogamos encarecidamente á nuestros acreedores que nos la recuerden, pues no hay para nosotros placer igual que registrar los triunfos de los autores contemporáneos, verdadera demostración de la cultura de los pueblos.

VÍCTOR CUENDE.

(1) Se vende en la librería de Anillo y Rodríguez, Olivo, 6 y 8.

(2) Su editor Manuel Rodríguez, Plaza del Bómbo, 2.

VARIEDADES.

El rey Luis de Baviera, á quien sin duda la historia llamará el *Solitario*, ha dado últimamente una fiesta original en honor del príncipe heredero de Austria.

Como de costumbre, el real amante de la luna eligió la noche para ofrecer en sus jardines de invierno una diversión á sus convidados.

La manera ingeniosa del alumbrado daba á la atmósfera del jardín el aspecto del cielo de las regiones tropicales.

Multitud de globos luminosos de todos colores alumbraban el jardín con sus discretos resplandores, mientras una estrella colosal brillaba entre ellos como un verdadero sol. En un kiosco elegantemente adornado había una mesa espléndidamente servida, á la que se sentaron el rey, el príncipe de Austria y la princesa Gisele con su esposo. Desde este punto la vista abarcaba todo el jardín, á cuya extremidad, y en el centro de una fuente, se levantaba una columna coronada de laurel.

Á derecha é izquierda, los paseos adornados con estatuas de mármol convidaban á los invitados á penetrar en ellos y gozar de los dulces acordes que por todas partes se oían.

¡Una fiesta del rey de Baviera sin música, no se concibe! Estaban, pues, esparcidos por el jardín, el cuarteto de Halter, el doble cuarteto y los coros del teatro y la música del segundo regimiento de infantería que alternaban en la ejecución de sus piezas, y de vez en cuando focos de luz eléctrica venían á añadir á estos encantos el carácter fantástico propio de esta clase de iluminaciones.

En obsequio á las nuevas suscriptoras, reproducimos las medidas que deben enviar las que deseen que se les remita un corsé de los que únicamente sabe confeccionar Mad. Grand, Espoz y Mina, 11, para que resalten todas las perfecciones y esbeltez del cuerpo sin oprimir ni incomodar.

34. Galon de papel cañamazo para el tapon de lámpara núm. 11.

1.ª Medida de cintura justa sobre la camisa, ó sea sin ropa, sin rebajar nada.

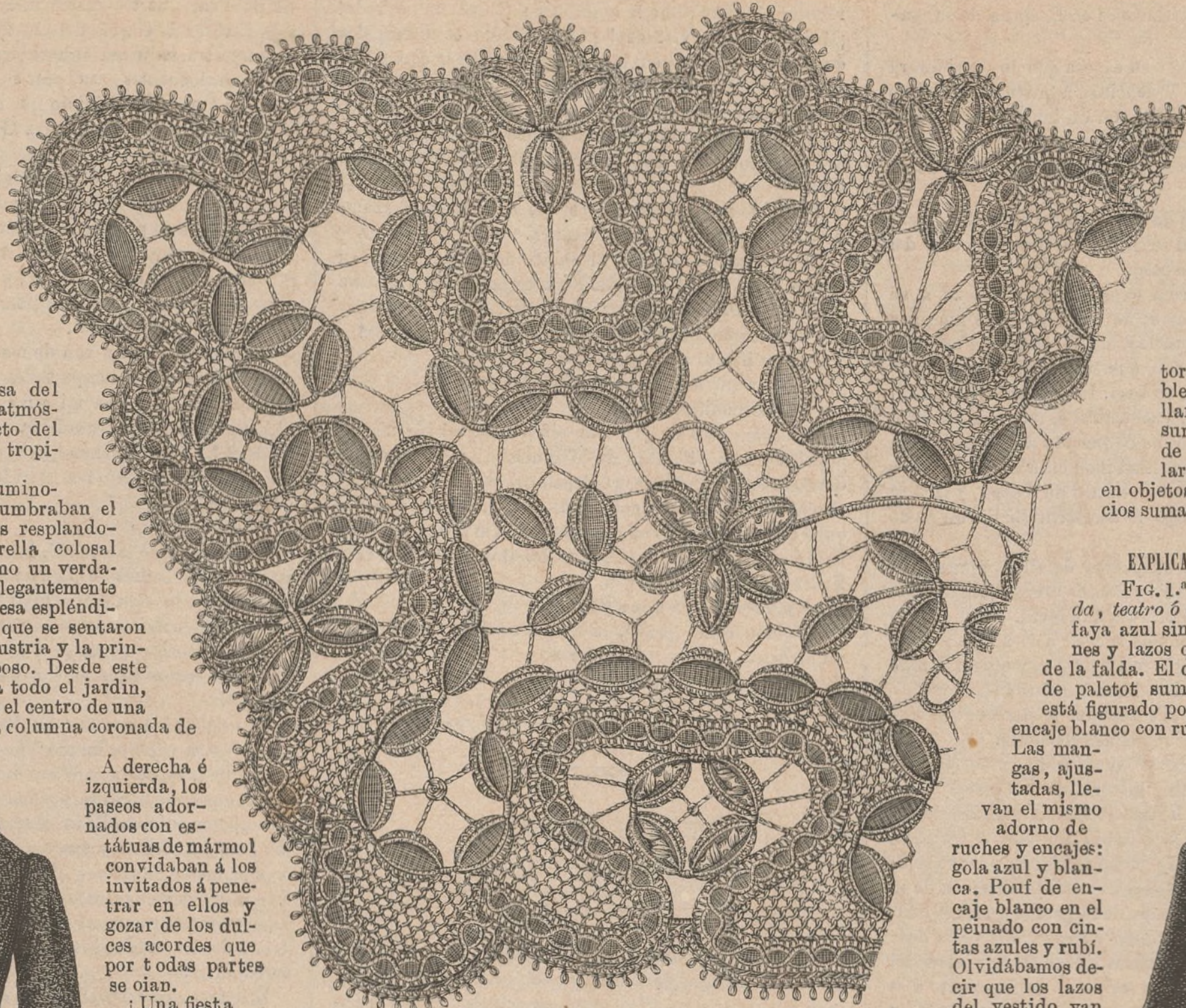
2.ª Medida de pecho todo alrededor, comprendiendo la espalda.

3.ª Medida de cadera, todo alrededor, comprendiendo el vientre y la espalda.

4.ª Medida de alto del corsé, desde donde ha de llegar en el pecho hasta el final del vientre.

NOTA. Cuando las medidas estén tomadas sobre otro corsé, será preciso advertirlo.

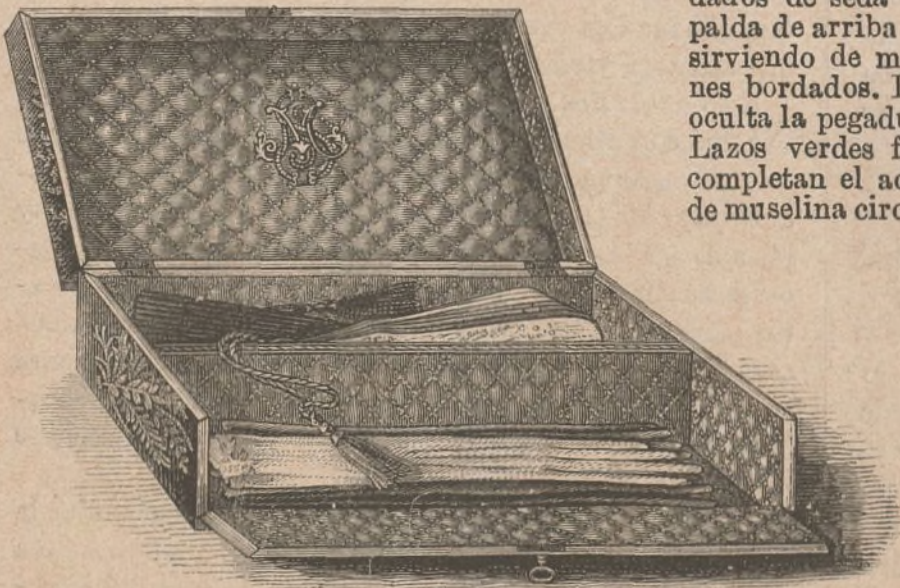
La casa editorial de Bailly-Baillière ha publicado ya la útilísima *Agenda de la lavandera y de la planchadora para el año 1878*, que se halla de venta en la librería extranjera y nacional de dicho señor, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid. La misma librería remite el prospecto especial de los Calendarios, Agendas



26. Dibujo para el país de abanico núm. 27.



30 y 31. Paraguas de novedad.



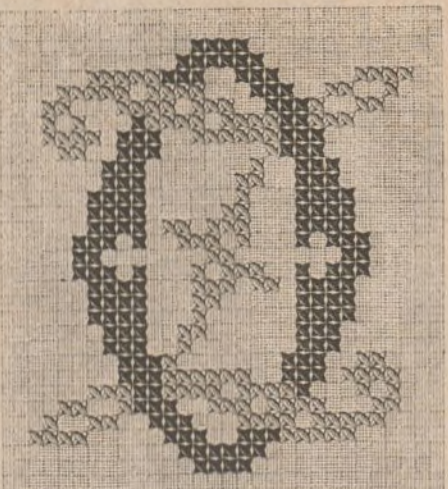
32. Caja para guantes y abanicos. (Véase el núm. 33.)



27. País de encaje inglés para abanico. (Véase el n.º 26.)



33. Caja para guantes. Pintura silueta. (Véase el núm. 32.)



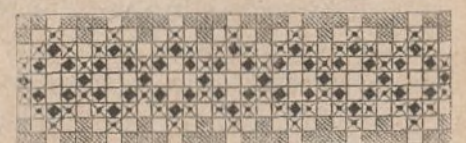
31. Iniciales para ropa de mesa.

encaje blanco con ruches azules en el centro. Las mangas, ajustadas, llevan el mismo adorno de ruches y encajes: gola azul y blanca. Puf de encaje blanco en el peinado con cintas azules y rubí. Olvidábamos decir que los lazos del vestido van forrados de faya rubí, lo que produce muy buen efecto.

FIG. 2.ª Traje para recibir.— Vestido de lana verde oscuro, adornado con ribetes y galones bordados de seda dorada. Toda la espalda de arriba á abajo está plegada, sirviendo de marco al plegado galones bordados. La cola es añadida y oculta la pegadura con dos volantes. Lazos verdes forrados de amarillo completan el adorno. Cofia elegante de muselina circuida de encajes blancos, y bridas también de encaje: la realzan cintas de terciopelo encarnado. Cuello y puños de batista.



29. Esplenda del paletot núm. 28.



35. Tira bordada con cuentas en papel cañamazo para la caja núm. 12.

OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI

que se hallan de venta en esta Administración.

Las riquezas del alma; obra premiada por la Academia Española. Dos tomos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua; obra premiada por aclamación en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo, 4 rs.

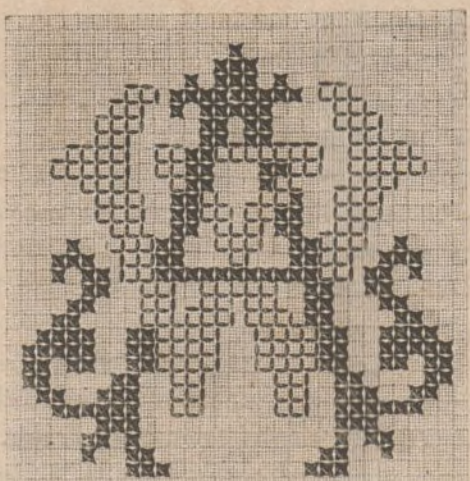
El que no siembra no coge; novela de costumbres: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Poesías; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El copo de nieve; un tomo, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Marina; un tomo, 8 reales en Madrid y 10 en provincias.

El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.



35. Iniciales para ropa de mesa.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1297.

Editor-propietario, Cárlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

Administración: Montera, 11, Madrid.

y Anuarios que se publican para 1878, á todo el que lo solicita.

PELUQUERÍA

y PERFUMERÍA DE S. M.

PLAZA DE SANTA ANA, NÚM. 15.

Acercándose ya la época de las fiestas reales, creemos oportuno recordar á nuestras suscriptoras este magnífico establecimiento, en donde hallarán un abundante y rico surtido, tanto en peinados de todas clases, y particularmente para baile, como en objetos de perfumería, á precios sumamente reducidos.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1297.

FIG. 1.ª Traje elegante de comida, teatro ó concierto.— Vestido de faya azul sin más adornos que botones y lazos que cierran el delantero de la falda. El cuerpo lleva una especie de paletot sumamente original, pues está figurado por medio de volantes de

NÚM.

SU con e de 9 traje Pein

No

name das, ciend much Elias ha tr que h la he da mu de su en sac tos di sas d verda que p ra id térmi tul y de co que se les: n fuchi to la otras nalda otros de ro que s das b do v fantá tanas los de de en bre u como nos e ofrec en el gasa tredo dras brilla da de nuest cuál propi rosos segun se ac borda de fel este de se el pri sé. I enca prest traje éstos Com una f tante tilo, y de todas á ter cione preci die;